

LA PUERTA NEGRA Y LA PUERTA AZUL

JOSÉ DE ECHEGARAY

Freeeditorial 

LA PUERTA NEGRA Y LA PUERTA AZUL

Era no sé qué año, de no sé qué siglo. Y para lo que vamos a referir, tampoco importa saberlo.

Era una noche de invierno y había caído una gran nevada.

Los tejados estaban blancos cuando asomaba la luna por entre densos nubarrones. Y cuando la luna se ocultaba, la blancura se desleía en las sombras.

Blancas estaban también las calles, formando una alfombra que amortiguaba los pasos de los escasísimos transeúntes.

Un reloj dio la una; o, por lo menos, dio una campanada: si dio más, las restantes no se oyeron. Acaso al brotar del metal se quedaron heladitas de frío. Porque el frío era muy intenso. Y el frío todo lo hieló: hasta el sonido.

Por una calle estrecha y retorcida venían dos sombras en sentido contrario.

Dijérase que a una de ellas le crujían los huesos al andar, aunque más bien que crujido era el chirrido de un hierro ardiendo cuando se sumerge en agua.

Y esto último debía ser lo cierto; porque la sombra que por la calleja se deslizaba era el diablo; y como el diablo está que arde, al pisar la nieve la hace hervir.

Pero sólo en esto se conocía su procedencia diabólica. Que por lo demás, las negras alas venían cubiertas de nieve y parecían las alas de un ángel. Y le hacía estremecer esta idea, de dolor y de gozo al mismo tiempo; porque pensaba en aquellos en que sus alas eran blancas.

Por el lado opuesto hemos dicho que venía otra sombra; y en los cortos intervalos en que la luna brillaba, también podía observarse que traía alas blancas. ¡Como que era un ángel! Pero un ángel legítimo. Y la nieve formaba en el plumaje blancura sobre blancura.

De pronto el diablo se detuvo: estaba cansado; y con todo el fuego interno que le devora sentía frío; y aunque el diablo nunca duerme —porque si durmiese olvidaría, y no puede olvidar—, sentía sueño.

Con lo cual resolviose a descansar unos instantes. Y acercándose a un portal muy hondo y muy oscuro, se sentó en un escalón y se acurrucó, cubriéndose con las alas, en la parte más sombría.

Bien pronto desaparecieron sus formas bajo un manto de nieve.

Entretanto el ángel seguía avanzando, pero lentamente; porque siempre que la luna salía, el ángel se paraba y miraba al cielo, y batía las alas como para querer subir. Y salpicaba el aire de una multitud de pequeños copos de nieve.

Cuando la luna se velaba, volvía a plegar las alas y seguía marchando.

También estaba cansado porque venía de muy lejos; también sentía sueño: uno de esos sueños de que gozan los ángeles; que son visiones de moradas celestiales tan altas, tan altas, que a pesar de ser ángeles, a ellas no pueden subir.

Junto al portalón en que estaba acurrucado el diablo se detuvo: al portal se dirigió, o

por casualidad extraña o por decreto de la Providencia acaso.

Ello es que se sentó en el mismo escalón en que se había acurrucado el diablo, pero en el extremo opuesto. Y haciendo de las blancas alas almohada suavísima, se quedó profundamente dormido.

Y ya tenemos bajo un mismo portal, durmiendo entre la nieve, a un diablo y a un ángel. Y no se me diga que es un suceso extraordinario, porque yo creo firmemente que esto habrá sucedido muchas veces.

Siguió la nevada; siguió el frío; y en la misma torre que antes, dieron las dos, o, por lo menos, dieron dos campanadas.

Casi al sonar la última, salió la luna y pudo verse que entraba en la calleja una mujer desarrapada, joven todavía, que habría sido hermosa, pero que estaba marchita, o por el hambre o por el vicio, ¡quién sabe!

Envuelto en un mantón y apretándolo contra su pecho, traía un niño como de dos años.

La nieve continuaba cayendo; y sus copos se enredaban en el negro cabello de la mujer, como si quisieran blanquearlo. Y metiéndose por el hueco del mantón, le caían en la cara al niño, que se estremecía de frío.

La mujer marchaba vacilante. Su respiración era desigual. El aliento se le helaba al salir envuelto en sollozos por entre los pálidos labios.

Aquella pobre mujer se iba muriendo; y el niño no podía tener mucha vida.

Al fin llegó al portal en que reposaban el diablo y el ángel; y faltándole las fuerzas del todo, cayó desplomada en el centro del escalón. Por algunos instantes se quedó rígida apretando convulsivamente al niño contra su cuerpo; pero al fin perdió el conocimiento y el niño se le desprendió de los brazos.

Ella cayó sobre el ángel; el niño cayó sobre el diablo; la nieve cayó sobre todos. La noche continuó cada vez más fría: la luna no salió más.

El ángel despertó; atrajo hacia sí el cuerpo de la pobre mujer, y quiso darle calor; pero fue inútil, estaba muerta.

Entonces el ángel la cogió en sus brazos; salió del portal; sacudió las alas; las abrió en toda su anchura; remontó el vuelo; y se perdió en el espacio, llevándose el cuerpo y el alma de la mujer muerta.

El niño, entretanto, atraído por el calor del diablo, se fue acercando a él como pudo y se le puso encima. ¡No hay como ser inocente para abrazarse al diablo! ¡No hay como ser cándido para imaginar que todo fuego calienta! El diablo quema; pero calentar no puede; al menos, con calor de vida.

Así es que el pobre niño cada vez sentía más frío; y al fin, se le heló al diablo entre los brazos.

En ellos le cogió el diablo pensando: «es un alma muy chiquita; pero la noche no está para mayores ganancias». Y saliendo del portal con el amoratado cadáver del niño entre las zarpas, olfateó a un lado y a otro para orientarse. Abrió las alas con mucho tiento,

para que no se le cayese la nieve y para que de este modo parecieran blancas, aunque fuera de mentirijillas, y alzó el vuelo infernal llevándose al niño por los aires y diciendo para sí: «¡Qué diablo; es decir, qué yo!; el que me viese pensaría que soy un ángel que se lleva el niño al cielo».

Y perdóneme el lector, porque necesito hacer una pausa. Como que es indispensable un cambio de decoración.

Ya no es de noche; la escena no representa una calleja; ni hay nieve; ni portal obscuro; ni cielo con nubes; ni plateada luna que unas veces salga y otras desaparezca.

La escena representa un espacio caótico, sin formas, sin dimensiones; su anchura puede ser la de un escenario; su anchura puede ser infinita.

Hacia la izquierda se amontonan sombras; hacia la derecha las sombras se aclaran y se desvanecen en neblinas y en nubecillas rosadas.

A la izquierda, y entre el caos de negruras, hay una puerta de contorno indeciso y con un aldabón de fuego. Es, naturalmente, la puerta del infierno. Porque siendo tan negra y teniendo el aldabón hecho ascua, sólo la puerta del infierno podría ser, o no hay arte clásico en el mundo.

A la derecha, y entre las nubes rosadas, hay una puerta de color azul de cielo, con un aldabón que parece de oro y debe ser de fundición de estrellas. Esta puerta es, naturalmente, tan naturalmente como antes, la puerta del cielo.

De pronto apareció el diablo con el niño en brazos; se fue a la puerta negra y dio un aldabonazo que resonó como trueno horrísono y despidió multitud de chispas.

—Aquí traigo esto —dijo el diablo.

Y una voz le contestó:

—¿Hasta cuándo vas a ser imbécil? Las almas de los niños no entran en el infierno.

El diablo bajó los cuernos con humildad, porque en el infierno hay mucha subordinación, y dirigiéndose a la puerta azul, dio otro aldabonazo, sacudiendo después los dedos como si se hubiese quemado, y dijo como antes:

—Aquí traigo esto.

Una voz cascada, como de viejo gruñón, le contestó desde dentro y sin abrir la puerta:

—¡Bueno será lo que tú traigas, protervo! Aquí no se entra.

Con lo cual, el diablo, con el niño colgando de una zarpa, se fue al centro del caos, se rascó entre los cuernos, pensativo, y dijo, con voz infernal:

—¿Y qué hago yo de esto?

Poco después, llegó a la puerta del cielo el ángel, con la pobre mujer que había muerto de frío. Y llamó; y se entreabrió la puerta azul; y asomó la cabeza de un viejo, que con tristeza y dulzura le dijo:

—No podéis entrar; esa mujer es una gran pecadora.

Y se cerró la puerta azul.

Entonces, el ángel, sin abandonar a la madre, se vino a donde estaba el diablo con el hijo, y en breves palabras ángel y diablo se explicaron lo ocurrido.

Pero el cuerpo de la pecadora se animó; una triste sonrisa vagó por sus labios; un amor inmenso y una inmensa desesperación cruzaron por su alma como dos relámpagos; dolores, cariños, ternuras como los que hay por la tierra agitaron sus entrañas en aquel seno del caos; y por súbito impulso, arrancando a su hijo de entre las zarpas del diablo, le dio en la frente el beso de despedida por toda una eternidad, y entregando el niño al ángel, le suplicó de este modo:

—Llévale a la puerta azul, que a éste le dejarán entrar.

Después, se entregó al diablo; tantas veces lo había hecho en la tierra, que no le costó trabajo.

Los dos grupos se separaron.

El ángel, con el niño, llegó a la puerta azul, que de par en par se abrió. Y el niño y el ángel entraron.

Entretanto el diablo se llevó a la pecadora a la puerta negra y dio el último aldabonazo.

Pero tampoco se abrió la puerta; y la misma voz que antes aulló de nuevo:

—¡Imbécil! ¡Cada vez eres más imbécil! ¿Para qué traes a esa mujer?

—Es una pecadora —gritó el diablo.

—Lo fue; pero está perdonada —resonó tras la puerta.

Y el diablo, con tono de mal humor, abandonó a la mujer en el caos; y señalándole con los ganchudos dedos la puerta azul, le dijo:

—Ve tú; que yo no te llevo.

Y la mujer, obediente, pero con desaliento infinito, se dirigió hacia la puerta azul, murmurando entre sus labios:

—¿Para qué he de ir?

Se acercó a la puerta azul; no se atrevió a llamar; pero la puerta se abrió un poquito; por el resquicio salió la manita de un niño; la cogió con cariño por el brazo y se oyó una voz que decía:

—¡Entra, mamá!